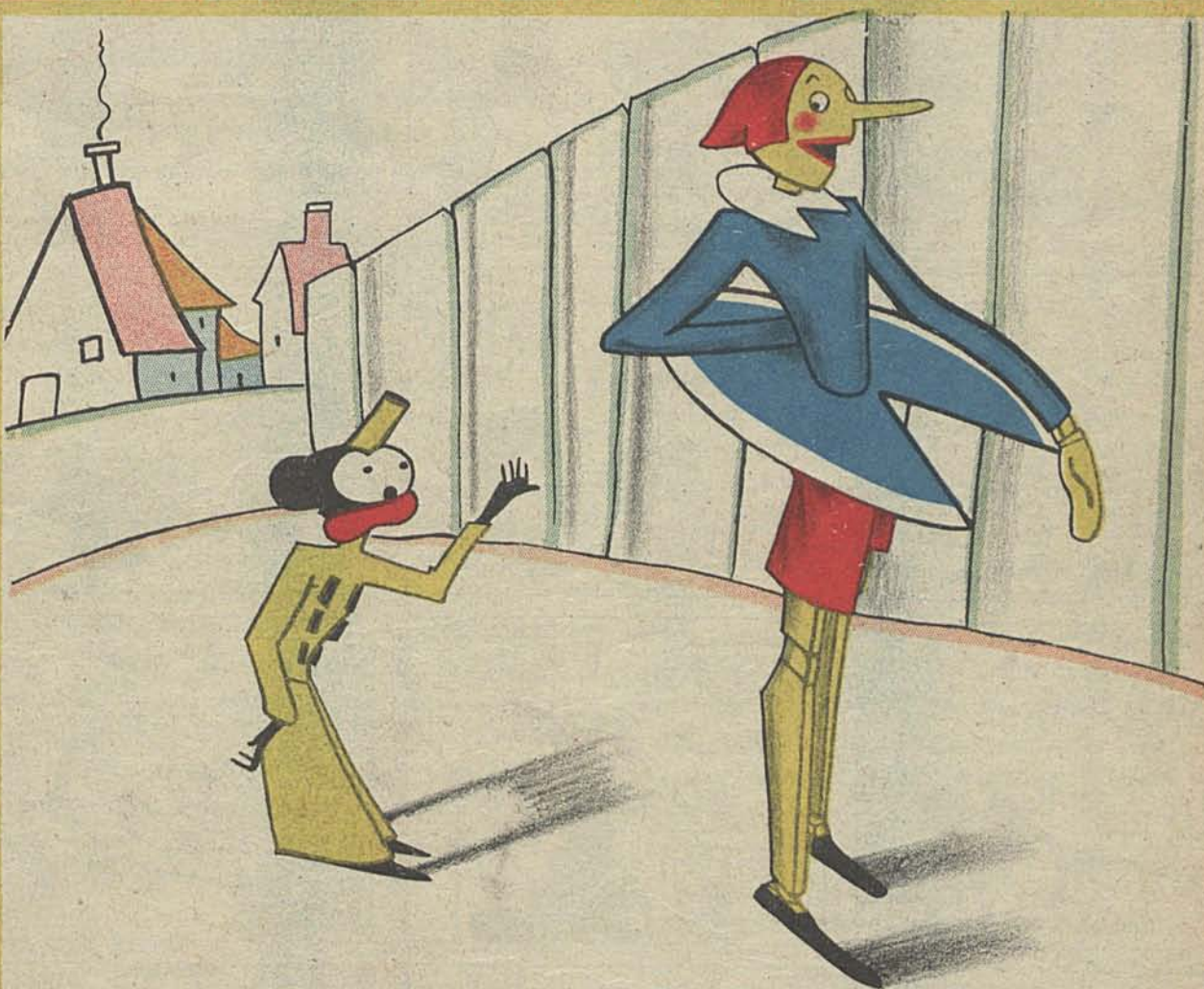


PINOCHO

AÑO VII
NUM. 317

25 cts

15 MARZO
1931



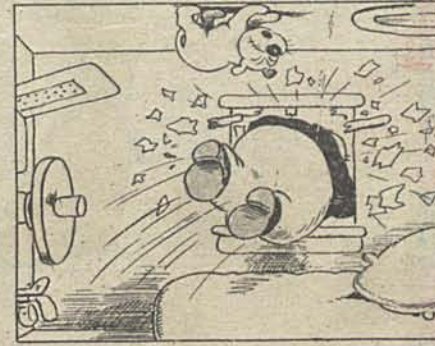
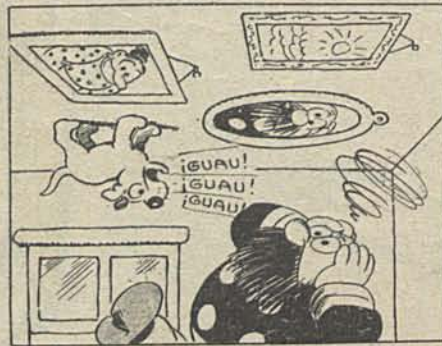
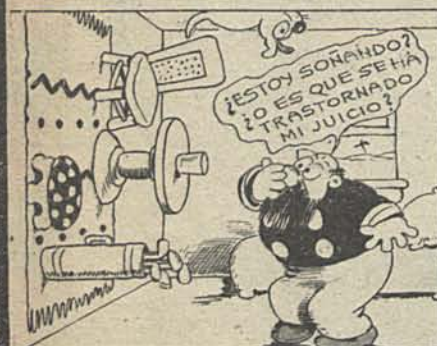
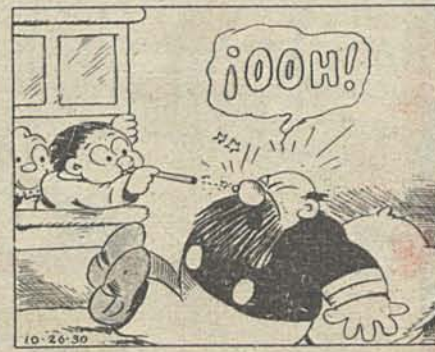
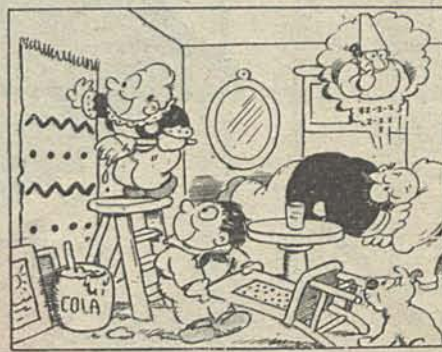
- ¿QUÉ ENFERMEDAD NO PUEDE TENER UN POBRE?
- NO SE!
- LAS PAPERAS!
- POR QUÉ!
- PORQUE SI NO TIENE PA PAN ¿COMO VA A TENER PA PERAS?

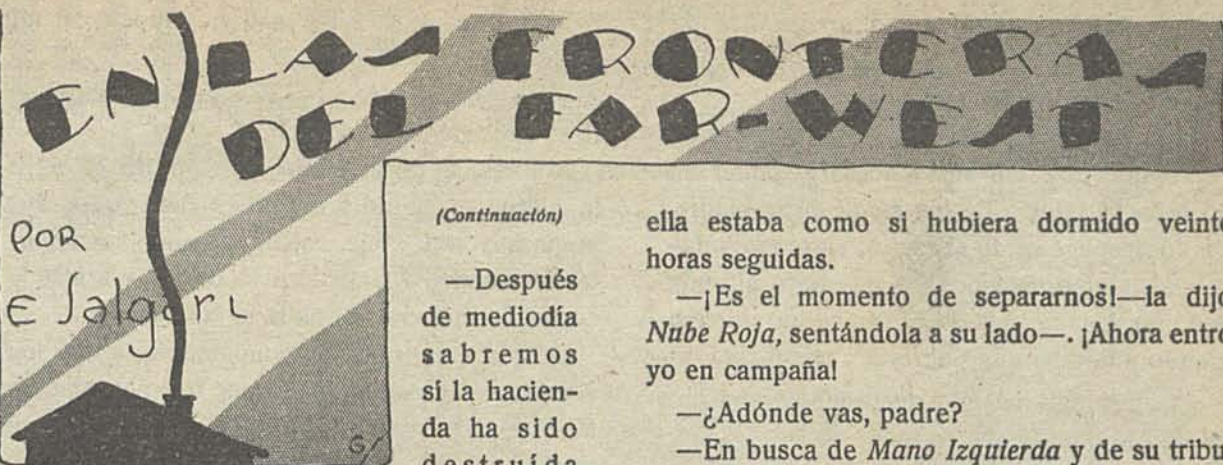
PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





(Continuación)

—Después de mediodía sabremos si la hacienda ha sido destruida

o si existe aún. Por lo pronto, dejemos que los caballos descansen siquiera una hora.

—¿Queréis dejarme a mí la guardia del primer cuarto?—dijo el indio.

—Como queráis—respondió John, que se caía de sueño, así como Harris y Jorge—. Sobre todo, mucha vigilancia; no vayan esos malditos *chayennes* a continuar su persecución.

—¡Fíad en mí!—respondió *Nube Roja*.

Atizó las pocas brasas que quedaban de haber hecho la cena, dió un pienso de hierba fresca a los caballos, y mientras los tres voluntarios se liaban en las mantas para entregarse al sueño, hizo una rápida exploración por el campamento improvisado y se dirigió a la orilla del lago.

—¡Todo va bien!—murmuró—. ¡Conozco el sitio! Si *Mano Izquierda* no está todavía en campaña, yo le encontraré. ¡Reventaré a mi caballo, pero no importa!

Se había subido sobre la cima de una roca, y desde allí dirigía su mirada de águila por todas partes, especialmente por la ribera norte, siguiendo las sinuosidades de la orilla con gran atención.

Tornó después al campamento, en el cual hombres y caballos dormían extenuados por la fatiga.

Lanzó un débil silbido, y en seguida, ligera como un pájaro, apareció *Minnehaha*, arrastrándose por la hierba.

Aquel pequeño demonio tenía una resistencia superior a la de los rostros pálidos, pues mientras éstos parecían rendidos por el cansancio,

ella estaba como si hubiera dormido veinte horas seguidas.

—¡Es el momento de separarnos!—la dijo *Nube Roja*, sentándola a su lado—. ¡Ahora entro yo en campaña!

—¿Adónde vas, padre?

—En busca de *Mano Izquierda* y de su tribu.

—¿Sabes dónde tienen sus *wigwams* los *arrapahoes*?

—Tu madre me indicó exactamente el sitio; y como conozco las orillas de este lago, no puedo equivocarme.

—¿Mi madre ha conocido, pues, a *Mano Izquierda*?—preguntó, admirada, *Minnehaha*.

—Sí; ella es la que ha trabajado por esta guerra, poniéndose al efecto de acuerdo con todos los grandes *sakems* de los *chayennes* y de los *arrapahoes*. Yo no he intervenido en esos tratos.

—¡Tú eres un *Corvíl*!

—Sí, y por eso desconfiaban de mí; ¡como si la tribu de los *corvis* no hubiera sido enemiga de los rostros pálidos!—respondió *Nube Roja* con ironía—. Como te he dicho, parto para comunicar a *Mano Izquierda* las órdenes de tu madre, pues dudo que ningún *sioux* haya llegado al campamento de los *arrapahoes*.

—¿Y yo?

—Tú permanecerás aquí con los rostros pálidos, y los seguirás adonde vayan.

—¿Hasta la hacienda?—preguntó *Minnehaha*.

—Allí está tu puesto de combate. Eres astuta como una serpiente, y valerosa como tu madre.

—¡Soy tu hijal!

—Tienes en las venas más sangre de los *sioux* que de los *corvis*.

—¿Por qué he de seguir a estos hombres?

—Pero ¿es que has perdido ya hasta la malicia?—preguntó *Nube Roja*—. ¿Qué servicio útil

podrías prestarme junto a los *arrapahoes* de *Mano Izquierda*?

—No te comprendo, padre.

—Si la hacienda no ha sido todavía destruída (y creo que no), allí será necesario poner en obra toda la astucia de los *sioux* de tu madre. Cuando después se dé el asalto, entre la confusión y el pánico será preciso que haya allí una mano amiga para que deje franca la entrada, abriendo a tiempo una puerta o una ventana.

—¿Tienes algo más que decirme? Ya he comprendido lo que deseas de mí.

—Pues no lo olvides.

—¿Y mi madre?

—Cuande llegue habrá concluído todo, y no tendrá más que arrancar la cabellera a los hijos de su primer marido, como ya se la habrá arrancado al padre.

—¡Qué hermosa venganzal—dijo Minnehaha, cuyas miradas lanzaban relámpagos.

—Cierto.

—¡Podría mi madre dejar que yo ensayara!

—¿El qué?

—¡Arrancar yo misma las cabelleras!—añadió fríamente la muchacha.

Nube Roja, aunque cruel, como todos los indios, no pudo menos que mirar con espanto a su hija.

—¡He aquí una hermosa familia de tigres *sloux*!

Después de decir esto añadió, encogiéndose de hombros:

—¡Me voy! ¡Ve a acostartel

—¿Resistirá tu caballo?

—Le haré reventar, si es preciso.

—¿No despertarán los rostros pálidos?

—Haré primero una prueba. ¡Y recuerda que tú no has visto ni oído nada!

La cogió por un brazo, la pasó una mano por la cabeza como haciéndola una caricia, y después la llevó al campamento, repitiendo con voz amenazadora.

—¡Acuérdatel

Minnehaha dió algunos pasos, y volviéndose hacia su padre le dijo:

—Si encuentras a mi madre, salúdala en mi nombre.

—¡Sí, raza de serpientes venenosas!—murmuró el cabo de los *corvis*.

Minnehaha desapareció bien pronto de entre la hierba, y el indio entonces hizo todos sus preparativos de viaje, ensillando silenciosamente al caballo, examinando todas sus armas y cerciorándose de que nada le faltaba.

Después se asomó al campamento, y oyó los acompasados ronquidos de los tres voluntarios. Por segunda vez una llama siniestra iluminó su mirada.

—¡Qué magnífico golpe!—murmuró—. ¡Tres cuchilladas, y tres sangrientas cabelleras en mis manos para regalárselas a *Mano Izquierda*!

Estuvo un momento como irresoluto; después levantó los brazos, y por último se dejó caer al suelo, imitando la maniobra que hacen los ladrones de caballos.

Tres veces repitió la operación, y convencido de que el sueño de los cazadores era profundo, salió del campamento, silbó sigilosamente a su caballo, y lo montó en un vuelo, diciendo:

—¡Vas a hacerme el último servicio!

Y le espoleó cruelmente, partiendo el animal como un rayo.

—¡Corre mientras te quede un resto de fuerzal—dijo el *corvi*—. ¡Debes prestarme este último servicio!

El pobre animal intentó rebelarse dando saltos y encabritándose, hasta que, como poseído de repentina locura, reunió sus últimas fuerzas y siguió corriendo hacia el norte.

Nube Roja, que, como los demás indios, no tenía bridas ni espuelas, tapó con las manos los ojos del caballo, dejándole descubierto uno u otro, según la dirección que debía tomar.

Estaba decidido a perder su caballo con tal de llegar al campamento de *Mano Izquierda*, y no parecía sentir pena alguna en sacrificar a la valiente bestia, que muchas veces le había salvado de grandes peligros.

Esto, después de todo, no debía maravillar a

(Continuará en el próximo número).

ANITA

BUEN-CORAZON



La isla de los monos

por E. Salgari

¿No oísteis nunca hablar de Maestre Pipón? ¿No...?

Pues entonces, es necesario que os le dé a conocer, porque las aventuras que le han ocurrido durante los numerosos viajes que hizo son tan extraordinarias que sería un verdadero pecado omitirlas.

Ante todo, es preciso que os diga, que el nombre de Pipón no era en realidad nombre de pila. Así le llamaban porque nadie le había visto jamás sin la enorme pipa entre los labios.



No sé qué cantidad de tabaco habrá podido fumar en el transcurso de su vida, mas de seguro formaría una montaña bastante alta.

Era un intrépido marino y un hombre excelente todo corazón y coraje. Le conocían en todos los puertos del Mediterráneo y cuando alguien le encontraba en la calle se complacía en convidarle a tomar una copa o una botella a fin de sonsacarle alguna de aquellas maravillosas aventuras.

Él por su parte no rehusaba contarlas, no había necesidad ninguna de insistir con él: ¡qué demonio!, la popularidad le encantaba y hacía cuanto podía por darse a conocer y sentirse admirado.

No recuerdo bien en qué puerto del Mediterráneo, si en Esmirna o en Constantinopla tuve la oportunidad de conocerle y hablar con él, y podéis imaginaros si yo habría de dejar escapar a la ocasión para entrevistarle. Tanto me habían contado ya de este hombre que me consideraba inferior a las demás personas si no trababa conocimiento con él. Éramos compatriotas y paisanos además que se encuentran en el extranjero nada menos que en una de las cantinas de un puerto de mar.

Cuando tuve el gusto de conocerle Maestre Pipón tenía cincuenta años. Era un clásico tipo de hombre meridional, moreno como un africano de la costa de Berbería, pequeño, rollizo, velloso como un orangután y con unos brazos, queridos amiguitos, que si le daba a uno un puñetazo le hacía ver las estrellas y la luna.

Acababa de regresar de un larguísimo viaje a bordo de un barco de vapor perteneciente a la Peninsular indiana, cosa sumamente rara en él, pues este viejo lobo de mar había demostrado siempre un horror profundo hacia los barcos movidos a vapor. Supe después que se había embarcado en aquel buque muy en contra de su voluntad, o mejor dicho, a consecuencia de circunstancias extraordinarias. Figuráos que acababa de ser recogido en medio del mar océano a cerca de trescientas millas de la tierra más próxima y en el momento preciso en que se ocupaba en... roer uno de sus zapatos!

Sospechando que en todas estas circunstancias se ocultaba alguna extraordinaria aventura, le llevé una tarde a una cantina y le obliqué entre botella y botella de excelente vino de Chipre a que soltase todo lo que supiese.

—Maestre Pipón—, le dije — quisiera saber por qué razón le he hallado tan lejos de la isla y del continente con un zapato entre los dientes. ¿Es que le gusta acaso comer el cuero viejo?



El viejo lobo de mar me miró sonriendo por entre sus largos bigotes grises erizados como cerdas y después de aspirar una enorme bocanada de humo, me dijo:

—Con mucho gusto hubiera cambiado el zapato por un bizcocho aunque hubiera estado mohoso. ¡Ah, si me hubieran entregado uno de aquellos monos no hubiera roído el zapato!

—Pero ¿tenía usted allí monos?—le pregunté.

—¡Por Bacol! Precisamente vengo ahora de la Isla de los Monos donde he ocupado un cargo importantísimo: fui nombrado nada menos que su Rey.

—¡Maestre Pipón, nada de chanzas!—le dije un poco duramente.

—¡Dios me libre!—replicó el viejo marinero—Mande traer otra botella de este delicioso vino de Chipre y le contaré una aventura que no ha sido nunca igualada.

Impulsado por la curiosidad le obedecí. El maestre bebió a grandes sorbos un buen vaso y comenzó diciendo:

—Yo no sé si está enterado ya de que el año pasado me embarqué en un buque portugués que se dirigía a las islas Filipinas. Como no había estado nunca en aquellas tierras recién regadas por la sangre vertida en la guerra hispanoamericana, acepté el ofrecimiento que de ir allá me hizo el capitán de aquella nave, y me embarqué confiando llegar en breve a aquellas lejanas islas. Pero ya sabe aquello de que «el hombre propone y Dios dispone» y Dios en este caso había pensado en hacer algo muy diferente.

Al cabo de cuatro meses de navegación habíamos llegado al mar de la India sin haber sido molestados por ninguna borrasca seria. Parecía, pues, que todo marchaba a pedir de boca, cuando al llegar cerca de la isla de Nicobar fuimos de pronto asaltados por un huracán tan violento que nos vimos precisados a sacrificar toda la arboladura.

Nuestro barco quedó pues reducido en menos de doce horas a una barcaza o pontón sin velas, sin penoles y sin dotes maniobreras, además de estar todo rajado.

Numerosas vías de agua se habían

abierto en el casco y el agua penetraba en tan gran cantidad que resultaba inútil el trabajo de las bombas de achique.

Nuestro barco estaba irremisiblemente perdido, sin esperanza de ninguna especie y ya todo era cuestión de minutos. Habiéndose calmado algo el temporal decidimos salvarnos en las lanchas que aún quedaban y abandonar al pobre barco a su destino. La isla de Nicobar no debía estar muy lejos y en unos cuantos días de navegación podríamos llegar a ella.

Mientras la tripulación hacía los preparativos, yo, vencido del cansancio, me metí en mi camarote para descansar un par de horas.

¿Cuántas horas dormí? No lo sé. El hecho es que cuando abrí los ojos era ya de noche y en el barco reinaba un silencio de muerte.

Extrañado por ello y muy inquieto subí en seguida a la cubierta y no vi en ella a nadie. ¡La tripulación portuguesa

(Continuad.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



OYE, NIÑO; MIRA EN EL ALMANAQUE A VER CUANDO ES EL SANTO DE MI AMIGO DON ZURRUPETO PARA FELICITARLE

Y PARA QUE NOS CONVIDE A PIROLISES

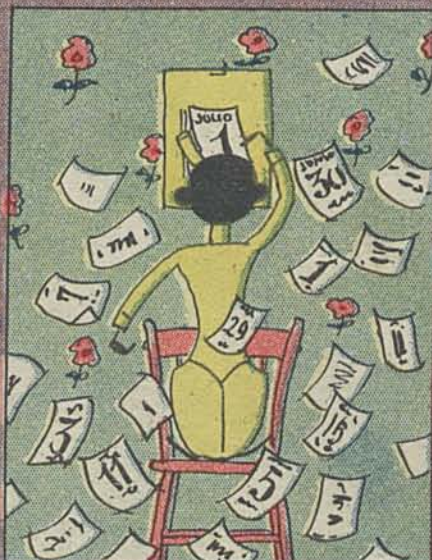
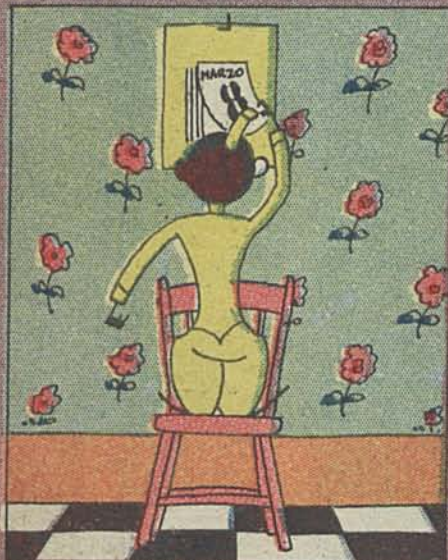
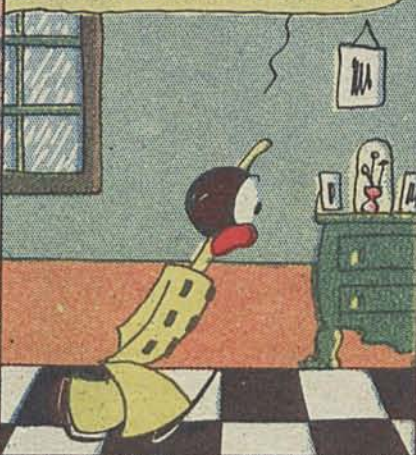


YO CREO QUE CAE EN JUEVES

A UN SERVIDOR LE PARECE QUE NO PORQUE EL REFRÁN DICE: TRES JUEVES HAY EN EL AÑO QUE RELUCEN MÁS QUE EL SOL. AÑO NUEVO, VIDA NUEVA Y EL DÍA DE LA PROCESIÓN



EN FIN; MIRAREMOS EL ALMANAQUE Y ASÍ SALDREMOS DE DUDAS



NO APARECE EL SANTO DE DON ZURRUPETO

¿PERO HAS VISTO CÓMO HAS PUESTO EL SUELO? ¡YA ESTÁS COGIENDO LA ESCOBA Y BARRIENDO ESTO!



AQUÍ LO QUE HACE FALTA ES UN TUBITO DE SINDETICÓN Y EN CUANTO VUELVA DON TURULATO QUEDARÁ ARREGLADO ESTE ASUNTILLO



COMO TENGA YO QUE REPETIR LA ORDEN DE LA LIMPIEZA TE VAS A ACORDAR DE MI

ANTES DE CINCO MINUTOS ESTARÁ ESTO SIN UN PAPEL ¡PALABRA!



¿HA VISTO USTED QUÉ HOMBRECITO DE PALABRA SOY YO? NO HA QUEDADO NI UN PAPEL EN EL SUELO

ES QUE SI LLEGA A QUE DAR UNO NO TE SACO DE PASEO



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA

¿QUÉ VALE LA CUARTA PARTE DE UN MINUTO?

¡QUINCE SEGUNDOS!

¡PARA ENTRENARTE EN EL BOXEO NECESITAS BUSCAR ALGÚN SEGUNDO QUE LUCHES CONMIGO!

¿CUANTOS?

¡QUINCE SEGUNDOS!

¡AQUÍ LE PRESENTO A USTED MIS QUINCE SEGUNDOS, QUE ME HA PEDIDO PARA LUCHAR CONMIGO!

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO

¡QUIEN TUVIERA LA ESTATUA DE UNA JIRAFÁ, PARA PODER ALCANZAR ESTE FRASCO DE LECHE!

¡SI ME AYUDAS A ALCANZAR ESE FRASCO TE DARÉ UN POCO DE LECHE!

¿TE HA GUSTADO? ¡A MÍ TAMBIÉN! ¡ES LÁSTIMA QUE NO HAYA MÁS!

¡QUE SERVICIAL ES ESE PERRO! ¡OJALÁ TENGA YO OCASIÓN DE SERVIRLE ALGÚN DÍA!

¡GUAY! ¡YIP!

¡ESTE PERRO LE QUIERO PARA MAS-COTA DE MI EQUIPO!

¡Y YO PARRA EL MIO!

¡ESTA CUESTIÓN TENGO QUE ARREGLARLA YO PORQUE SI NO VAN A PARTIR AL PERRO POR LA MITAD!

¡VIVA NUESTRA MAS-COTA!

¡VIVA LA MAS-COTA DEL EQUIPO DE LOS LEONES!

¡PRONTO LLEGÓ LA OCASIÓN DE PAGARLE MI DEUDA A ESTE PERRO!

CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

LAS BROMAS DE CHIN-CHIN



UES, señor, este era un oso negro como la pez que fué cogido cuando pequeñito en lo más espeso de un bosque. Fué a parar a manos de un domador, el cual, pasándole una argolla por la nariz, le hacía bailar, al son de su pandereta, de feria en feria y de pueblo en pueblo; comer, comía poco; pero, en cambio, llevaba cada paliza que cantaba el credo, por lo cual estaba el pobre triste y cariacontecido.

Un día, en lo mejor de su trabajo, y entre el nutrido corro de gente que presenciaba sus ejercicios, había un viejo que, después de fijarse en el animalito, se acercó al domador y le dijo misteriosamente:

—¿Por qué no vas al palacio del gran Chin-Chin?

—Si me paga bien, veré a Chin-Chin y a Chinchón; pero necesito saber por dónde se va.

—Toma ese camino de la derecha, y en llegando a una encrucijada, verás una estatua de piedra que representa un león; arráncale la cabeza y la tiras a un pozo que hay al lado, y ya verás cómo te reciben en el palacio.

Dió las gracias por el aviso el domador, y tomó el camino que el viejo le indicara.

Llegó al sitio señalado, y, en efecto, vió el león de piedra de que le hablara el viejo.

Se acercó a la estatua, y cogiéndola fuertemente la cabeza, tiró de ella, sin conseguir arrancarla.

Seguramente hubiera fracasado en su intento sin la ayuda del oso, que, acercándosele, dió un tirón tan colosal, que arrancó de cuajo aquella enorme piedra.

Cogióla el domador, y acercándose al brocal de un pozo que allí había, la dejó caer con toda la fuerza, y, ¡oh maravilla!, en vez de oírse el choque de aquel pesado cuerpo sobre el agua, subieron desde el fondo del pozo los suavísimos acordes de una deliciosa música.

Cesó ésta, y sobre el brocal apareció un negro vestido de turco, que saludando ceremoniosamente al domador, le dijo:

—Anselmo, Chin-Chin os espera a ti y al oso.

—¿Y por dónde se entra?

—Por el pozo; pero hay que tirarse de cabeza.

—¿De cabeza? ¿Y si me hago un chichón?

—Pues quien algo quiere, algo le cuesta.

A todo esto, el domador hostigó al oso, y éste, acercándose al moro, le cogió por el pescuezo y lo sacó del brocal en vilo.

El moro comenzó a gritar que le soltasen; pero Anselmo le dijo:

—Si quieres que te suelte, ha de ser después que me digas cómo se entra al palacio de Chin-Chin.

—Súbete al león de piedra que has descabezado, tirate desde lo alto al suelo, y llegarás inmediatamente.

Por precaución hizo Anselmo subir al moro y al oso sobre la piedra, y desde allí se lanzaron los tres al espacio; se abrió la tierra, y cayeron todos al fondo de una negra sima. Mas apenas hubieron tocado sus pies el suelo, cuando vieron una puerta que se abrió inmediatamente, dejando al descubierto una preciosa escalinata.

Penetraron resueltamente, cuando de pronto dió el oso un feroz gruñido que hizo volver la cabeza al domador.

—¡Qué te pasa, Malospelos?—dijo al oso.

Pronto se enteró al ver en una de las zarpas del animal un pedazo del corpiño que llevaba el moro, y que éste había desaparecido.

Sin asustarse por aquel contratiempo, siguió adelante Anselmo, acompañado de Malospelos, y fueron recorriendo las habitaciones de aquel palacio, donde no se veía alma viviente. En una de las habitaciones encontró un rótulo que decía:

«Quien busca a Chin-Chin que llegue hasta el fin.»

—El caso es—decía el domador—que tengo un hambre horrible.

Y fijándose en otro rótulo, vió que decía:

«Aquí se da de cenar lo bastante para hartar.»





—Pues aquí me cuelo—exclamó.

Y penetró con el oso, creyendo encontrar una espléndida mesa; pero lo que se encontró fué un magnífico par de bofetadas que le pusieron los carrillos echando fuego.

—¡Caramba!—dijo, llevándose la mano a la parte dolorida—. La verdad es que así se harta cualquiera sin probar bocado; pero han contado sin la huésped, es decir, sin el huésped.

Y volviéndose al oso le dijo:

—¡Malospelos, cumple con tu deber!

Y el animal, que era muy inteligente, comenzó a gruñir como un desesperado, y entró en la oscura habitación donde se repartían con tanta generosidad las bofetadas. Sonaron unas cuantas, seguidas de feroces gritos y ruido de cadenas, y a poco salió el pobre *Malospelos* con un ojo hinchado y echando sangre por los colmillos.

Convencido de que por allí no podía pasar, penetró en otra habitación, en cuya puerta se leía:

«Quien aquí llegue a venir,
mucho tendrá que reír.»

Anselmo abrió la puerta y penetró en la habitación, encontrándola tan oscura como la otra.

No atreviéndose a seguir adelante, fué a volverse, cuando recibió dos puntapiés; lo que le hizo salir más que deprisa.

—Pues vaya una manera de hacer reír que tienen en esta casa, ¿qué harán con el que quieran que lllore?—exclamó Anselmo.

Por fin, al extremo de un largo pasillo encontró el salón donde Chin-Chin se hallaba recostado sobre espléndidos almohadones y en un alto diván.

Al fijarse en él el domador, observó que era el mismo anciano misterioso que le invitara a venir a aquel palacio.

—Aquí me tienes con mi oso *Malospelos*—dijo el domador.

—Te he hecho venir para decirte que tu oso es primo hermano mío por parte de padre, y que un genio de mala intención le convirtió en oso, lo mismo que a un hermano suyo; los encerró en una jaula, y allí los exhibía a real la entrada, con lo cual hizo una fortuna.



Mis pobres primos consiguieron escaparse, y éste fué a caer en tus manos. De modo que ya sabes por qué te llamaba.

—Y dime, ese criado que salió al pozo a decirnos que nos tiráramos de cabeza, ¿quién es?—preguntó el domador.

—Ese es el genio *Malasangre*, que es el encantador de mis dos primos. ¿Cómo le habéis dejado escapar?—preguntó Chin-Chin.

—No le hemos dejado; se escapó él solo—repuso el domador.

Hizo entonces Chin-Chin una señal, y en el acto apareció *Malasangre* vestido magníficamente.

Chin-Chin le rogó que desencantase al pobre *Malospelos*; y como el mago se negara, el domador le cogió por el pescuezo y le dió una felpa de padre y muy señor mío.

Malospelos también comenzó a darle tarascadas, hasta que ya, viéndose *Malasangre* perdido, gritó que le dejaran en paz y desencantaría al oso.

Sacó del bolsillo una cajita que contenía unos polvos blanquecinos y los lanzó sobre el oso, quedando éste instantáneamente convertido en un arrogante Príncipe, que fué muy felicitado por toda la corte de Chin-Chin.

El domador, al ver a *Malospelos* convertido en un gran señor, se arrodilló a sus pies, diciendo:

—Perdone Vuestra Alteza los estacazos que en dos años le he soltado; pero prometo no volver a pegarle a ningún animal, no sea que tenga dentro un Príncipe vestido y calzado.

Abrazó el Príncipe a su antiguo domador, y volviéndose luego a *Malasangre*, le dió tan formidable puntapié y tan terrible bofetada, que le descoyuntó, volviéndole la cara hacia la espalda, de lo cual se reía mucho la gente.

—Eso es el pago de la bofetada y el puntapié que me diste cuando quise entrar a comer y a reír. Conque estamos en paz.

Marchóse bufando el mago; celebráronse grandes fiestas, y el domador marchó a su país cargado de riquezas.



FIN



¿QUÉ QUIERE SABER HOY?



—¿A ti te da miedo de los ratones, amigo buho?
 —A mí, ni pizca y a ti, curiosísimo Chonón?
 —Ni tanto así; yo creo que no hay por qué temer a esos diminutos animalitos. Si fuera la las ratas.

—Eso ya es otra cosa. Sin embargo, ratas y ratones son los ladrones domésticos más odiosos y descarados; viven de la rapiña y causan destrozos en todo cuanto se les pone al alcance de sus afilados dientes. Ambos roedores siguen al hombre y se han extendido por toda la superficie del globo. Hasta en las islas más perdidas en medio del mar, hay ratas y ratones.

—¿Entonces los consideras como amigos del hombre?
 —No sé por qué dices eso.
 —¿Como aseguras que siguen al hombre a todas partes?
 —Y es cierto. Pero esto no quiere decir que sean amigos suyos. El afecto de los ratones y ratas no es desinteresado. Saben que donde hay hombres encontrarán cerca de él alimentos para sustentarse y por eso lo siguen. No por amistad, como el perro, sino por conveniencia.

Es evidente que si no fuese por este asedio y porque son insaciables en el comer y destrozar, el hombre admitiría la sociabilidad del ratón hasta con agrado, pues hay que tener en cuenta que este pequeño animalito es limpio, gracioso, ligero y muy simpático en sus movimientos.

Los naturalistas dividen el género rata en dos subgéneros: ratas y ratones. Estos tienen de ciento veinte a ciento ochenta escamas en la cola, las patas, finas, de dos centímetros de largas; las ratas son feas, pesadas; tienen de doscientas a doscientas sesenta escamas en la cola, las patas, gruesas, de tres centímetros de largas; en el paladar tienen unas hendiduras transversales partidas por el medio, lo mismo que los ratones, solo que en éstos la primera hendidura no está partida. Desde luego, las ratas que habitan actualmente en Europa, puede suponerse que no son originarias, sino inmigradas.

—No me hables de las ratas, que no quiero saber nada de ellas. Para mí es un animal muy repugnante. Mi curiosidad se inclina al ratón.

—Los ratones son más sociables y apacibles que las ratas, aunque con su bonita figura y su alegre y elegante aspecto causan muchos daños, y por eso se les persigue con el mismo encarnizamiento que a sus congéneres de mayor talla y de más fea catadura. Penetran por todas partes, hasta por aquellos sitios que nos parecen más inaccesibles. En los campos viven al aire libre, procurando siempre acercarse a la morada del hombre; en las ciudades escogen las casas y sus dependencias; todos los agujeros o grietas les sirven de refugio. Corren por el suelo muy rápidamente, trepan maravillosamente bien, saltan y a veces andan dando pequeños brinco. En algunos, que son muy mansitos, puede observarse con cuánta destreza ejecutan todos los movimientos. Si se les hace andar por una cuerda se notará que, tan pronto corren peligro de caer, enroscan su cola a la cuerda como lo hacen los monos al colgarse de las ramas de los árboles. También saben nadar con gran ligereza, pero sólo se tiran al agua en casos de verdadero apuro. Tienen extraordinariamente desarrollados todos los sentidos y por esto oyen el ruido más insignificante, huelen a larga distancia y ven admirablemente bien lo mismo de día que de noche.

Son curiosísimos y lo examinan todo con gran cautela. Si se les trata bien, acaban por acostumbrarse al hombre y maniobran a su vista como si estuviesen solos.

Muestran gran afición por los sonidos musicales, que sin duda les agradan mucho, pues aparecen con frecuencia en las habitaciones donde se toca algún instrumento.

En algunas partes se han encontrado ratones, que se les ha llamado cantadores, porque emiten unos chillidos muy parecidos al gorjeo de los pájaros.

—¿Qué lástima que un animalito con tantas facultades sea tan glotón y tan rapaz!

—Y tan goloso; en este aspecto no hay otro que le aventaje. Le gustan con locura todos los dulces y manjares y escoge siempre lo mejor entre aquello que se le pone a su alcance. Si olfatea algún plato apetitoso, se abre paso hasta él, cueste lo que cueste y tarde lo que tarde. Si el alimento que encuentra es abundante, come cuanto tiene gana y se lleva a su escondite lo que puede. En algunas madrigueras de ratones se han hallado montones de nueces y avellanas, perfectamente colocadas y tapadas con trozos de papel y de tela, para disimular la rapiña.

Es animal que apenas bebe agua, a no ser que haya comido alimentos muy substanciosos. En cambio, le gustan las bebidas dulces y las espirituosas, hasta el punto de que dejando a su alcance migas empapadas en aguardiente, es fácil atraparlo, porque se queda inmóvil en el suelo, por efecto de la borrachera que le causa el espirituoso licor.

En realidad, los destrozos que causan en los comestibles, no son de gran importancia. Son más sensibles los que producen en algunos objetos de valor. En bibliotecas y museos constituyen un peligro formidable.

El ratón se multiplica de un modo extraordinario, y cuando nacen los hijuelos son muy diminutos y casi transparentes, pero crecen rapidísimamente. Tarda siete u ocho días en salirles el pelo y a los trece abren los ojos y salen ya de su nido a hacer sus correrías en busca de alimento. La madre los cuida con ciega ternura y hasta pierde la vida por ellos.

Su mayor enemigo es el gato, pero también en el campo es víctima de una porción de animales, como el buho.

—¿Te gustan a ti los ratones, amigo buho?

—Ya sabes que yo me aparto del resto de los buhos. A fuerza de vivir contigo he adquirido las mismas aficiones y los mismos gustos que tú. Quiere decir que me gusta el arroz con leche, pero los ratones, no.

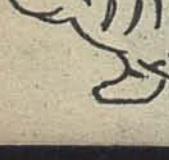
—Pues creo que su carne es muy apreciada en algunos países.

—Es cierto. Y en realidad, no hay motivo alguno para rechazarla. Es animal limpio y selecciona muy bien su alimentación. Todo es cuestión de costumbre, pues otros roedores, como el conejo y la ardilla, se comen con gusto.

En China, Japón, India y otros muchos países, se comen como un verdadero manjar.

—¿Y aquí por qué no los comemos?

—Ya te lo he dicho antes. Es cuestión de costumbre, nada más. Una ostra, un percebe, un cangrejo o un caracol, son animales de aspecto mucho más repugnante, y sin embargo los comemos.





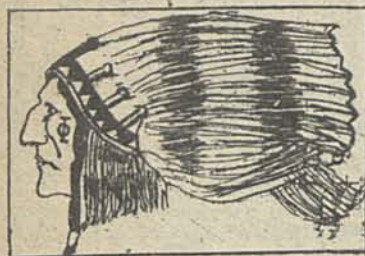
COLORÍN y su PANDILLA



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MARZO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Piel Roja.—M. García



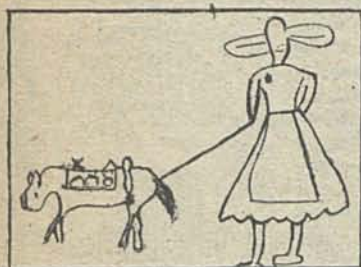
Flor
A. Sánchez de León



El «Conde Zeppelin».—Gloria Pulus



Mi tío
Enriqueta González



La vieja de los cocos.—Carlos Vázquez



Don Turulato
Fernando Pina



De banquete.—Paco Pino



Un caco en acción
A. Sanjuán



Boxeo.—A. Ruiz de la Rosa



Romano
Moisés Luna



Perfil
Raquel Artudo



Pensativa
Purita Hergueta



Samitier
Emilio Fernández



Mi amigo Currincho
Matilde Rubio



Un indio.—J. C.



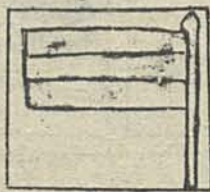
Don Turu
Carlos Ortega



Belleza.—José Moya



El novio
de mi vecina
Carlos Vázquez



Bandera
Raquel Antieda



Colorín de pesca
María Barroso



Un rajá
Pepín Castellanos



Vendedor de Pinocho
Esteban González



Un niño
Luisa Vivas



La reina Taia
Luis Suárez



Dibujo.—Kito



Un brillante oficial
J. Beínche



Charlot.—J. C.



Danzarina
J. Amalia Usó



Broma pesada
Margarita Aivarez

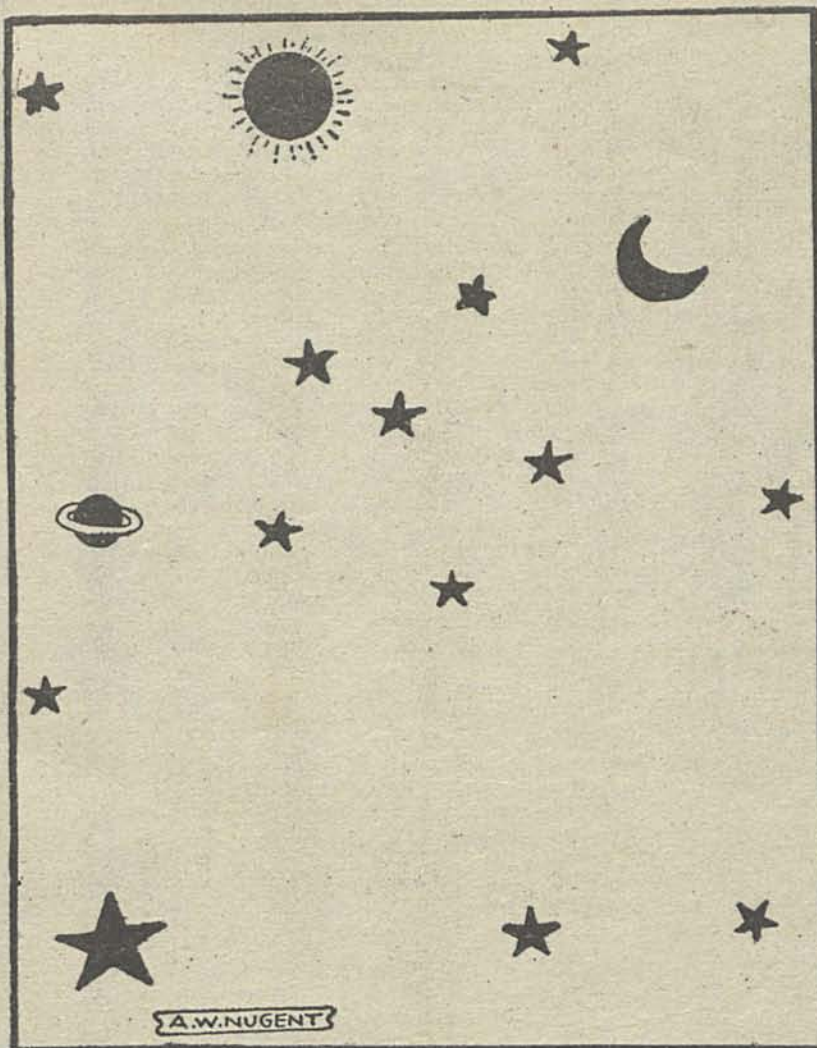


El cabo Gómez
José María Andue

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS ASTROS

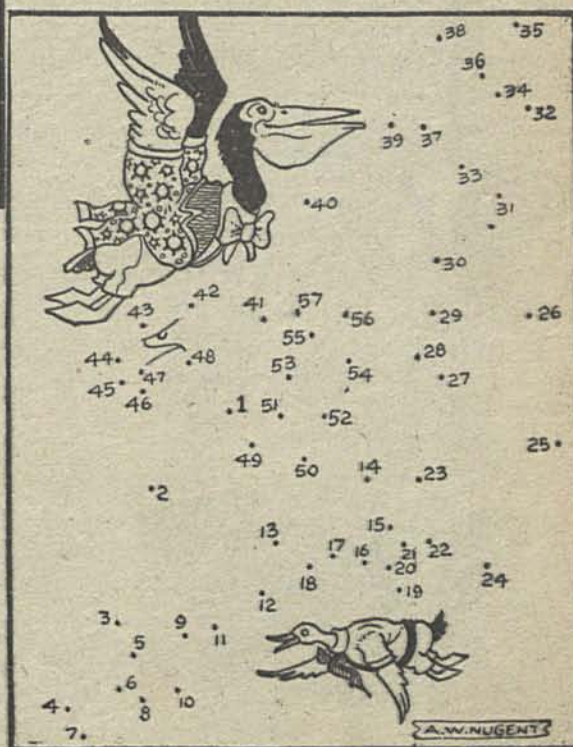


Se trata, amigos pinochistas, de que trazando el menor número de líneas rectas dividáis el dibujo en quince partes de forma que en cada parte haya un astro.

A un célebre astrónomo australiano que logró resolver este problema le regalaron en 1915 una sombrilla pintada al óleo y un melón.

Intentad vosotros emular al sabio en cuestión.

MÁS NÚMEROS



Una vez en Pinto acamparon unos titiriteros.

Tocando trompetas y tambores llamaron la atención de los vecinos del noble pueblo.

Y en medio de la plaza comenzó la representación por la compañía.

Aquí tenéis una de las más graciosas escenas.

Para enteraros lo antes posible debéis unir los números con líneas, siguiendo el correspondiente orden.

Sección Pirula

Charles de Pirula... decoradora

CESTITAS PARA LA LABOR



Mila...

(Esto puede que os parezca un diminutivo ruso, algo así como la terminación de Ludmila; pero no,

es español; es el principio de Milagros, lo cual es bastante más vulgar; al menos lo es aquí, porque en Rusia resultarán mucho más extraordinarios nombres como Milagros, Carmen o Rosario que Ludmila, Sonia o Wanka.)

Mila, digo, tiene para sus labores nada menos que una caja y tres bolsas. Y aún no le basta y necesita además una cestita.

¿Que para qué quiere tantas cosas para meter sus labores? Pues porque Milagros es una niña muy trabajadora y tiene siempre varias labores empezadas y es natural que no anden todas revueltas unas con otras.

Es su caja de costura, tiene sus pequeñas provisiones de agujas, ganchillos, carretes, ovillos y madejas de seda, hilo y lana. En una de sus bolsas, que figura un gato blanco, tiene su labor de crochet; una bufanda, o un jersey o un gorrito, pues Mila se confecciona ella misma las prendas que luego luce en la sierra. Y también en la bolsa-gato, tiene siempre algún par de zapatitos de punto a medio hacer, para su ahijado Isidorín, un nene muy pobre—lo cual no le impide ser una monada—al que Mila quiere casi tanto como a su muñeco Toty, ese que lleva un faldón de encajes, y tiene un sonajero, un biberón y un chupete pendientes del cuello, y al que le llaman llorón porque llora cuando le aprietan la tripa.

En la segunda bolsa, que parece una muñeca vestida con amplia falda de muselina, Milagritos guarda sus labores de vainicas, pañuelos y pañitos y las de bordados variados.

En la tercera bolsa, que no parece nada... más que una bolsa, pero una bolsa preciosa con flores de paño recortado y una gruesa boquilla de celuloide, guarda Milagritos sus labores de cañamazo a punto de cruz.

Y la cestita la quiere para la labor que piensa emprender...

en cuanto tenga donde guardarla. Pero ¡si esa cestita ya la tiene! Mejor dicho, tiene hasta dos cosas que son facilísimas de convertir en cestas de costura.

La primera es una cestita que le regalaron a mamá con violetas y que mamá le regaló a ella en cuanto se secaron las flores. Es pues ya una cestita, pero tal como está no sirve para la labor, porque las lanas o las sedas se engancharian en el mimbre. Nada más fácil para Mila (total, una labor más) que forrarla por fuera y por dentro con dos trozos de tela que se fruncen a la orilla de la cesta alrededor de la abertura; en el fondo, se coloca otro trozo de tela, lisa; y por último, se enrolla al asa una cinta que termina a un lado con una lazada.

La otra cosa que tiene Mila y es fácilmente «convertible» en cestita de labor, es una pantalla; mejor dicho, es el esqueleto... bueno, la armadura de una vieja pantalla que se ha quedado sin tela o con una tela ya inservible.

Milagros la forra como si se tratara de rehacer la pantalla; luego, la coloca con la abertura hacia arriba y cose alrededor de la abertura un volante cuya orilla libre remata con un dobladillo; en este dobladillo, pasa un cordón que servirá para fruncir el volante y por lo tanto para cerrar la abertura.

Ya solo queda la diversión de adornar la nueva cestita con perifollos de cinta fruncida, florecillas, una veladura de tul metálico, etc., etc. Del color de los adornos no hablo, pues se entiende que armonizará con la tela, si esta es lisa y con su fondo si es de dibujos; en cuanto al color de la tela, armoniza seguramente con el que domina en el cuarto, y este color no cabe duda que es el preferido de Mila, o sea el rosa pálido.

Y como vosotras os apresuráis sin duda a fabricar también alguna cestita de labor, ésta podrá ser rosa, o azul, amarilla o lila o encarnada.

El color—si es fino su matiz y armoniza con lo que le corresponde hacer juego—es lo de menos para que el efecto resulte bonito.

Lo de menos en este caso; porque hay otros en que el color tiene una importancia capital y sino preguntádselo al pobre renacuajo Ranunculín que por haber tenido la extraordinaria desdicha de nacer azul en lugar de verde...

Pero esto es un cuento que os contaré el domingo que viene; cuando acabe estrenaremos la nueva cestita con una nueva labor. ¿Hace?

